



RETRIBUCIONES DE LA MILITANCIA Y PARADOJAS DE LA ACCIÓN COLECTIVA¹

Rewards of activism and paradoxes of collective action

Daniel Gaxie²

Centre européen de sociologie et de science politique. Université Paris 1

Daniel.Gaxie@univ-paris1.fr

Resumen:

La observación muestra que la actividad militante genera ciertas retribuciones que, a su vez, fomentan la militancia. Tener en cuenta estas retribuciones es un elemento importante para la comprensión de las inversiones y las desinversiones militantes. Esta hipótesis puede parecer iconoclasta y herética para muchos actores y, también, para los investigadores. Ocurre que los universos militantes se definen como desinteresados y censuran la existencia de intereses ajenos a los de la adhesión a la causa de la acción colectiva. Asimismo, las resistencias son también efecto de las dificultades que tienen las ciencias sociales para dar cuenta de los grados de "conciencia" (o de percepción) relativos a intereses que están socialmente censurados. Desde este punto de vista, la hipótesis de las retribuciones "inconscientes" se revela tan inadecuada como la de la búsqueda deliberada y cínica. La analogía de la escotomización permite comprender cómo las retribuciones de la militancia pueden ser, al mismo tiempo, percibidas y negadas. Sin embargo, tales retribuciones, así como los costes de la acción colectiva, no existen en sí mismos, sino que se constituyen como tales a lo largo de la trayectoria militante. La importancia que se les atribuye varía según las etapas y los momentos de dicha trayectoria. Igualmente, la existencia de retribuciones depende de la adecuación entre las satisfacciones que ofrece el "estilo" de funcionamiento de una organización y las expectativas de aquellos a los que la organización es capaz de atraer. Por otra parte, la inversión en la causa es una condición de base para las retribuciones militantes. No obstante, las gratificaciones asociadas a esta inversión están en competencia con aquellas que se pueden obtener de otras actividades. Así, el atractivo de la causa es una condición básica para que las satisfacciones del compromiso puedan tener el valor suficiente (capaz de contrarrestar los costes) para favorecer la militancia.

¹ Traducción del original en francés por Fernando Lores Masip y Yeray Zamorano Díaz para la revista Intersticios. Agradecemos a Daniel Gaxie su generosidad a la hora de facilitar la publicación de esta traducción. El artículo original puede encontrarse en: *Swiss Political Science Review*, Vol. 11, nº 1, pp. 157-188, 2005.

² Agradezco a Bernard Pudal el tiempo que ha dedicado a leer versiones anteriores de este texto, así como sus acertados comentarios.

Palabras clave: acción colectiva, activismo, retribuciones, organizaciones colectivas, compromiso, trayectorias militantes, creencias e intereses.

Abstract:

It is easy to observe that activism in a collective organization is rewarded. Rewards are an important component of activism. They help to understand investment and disinvestment in collective action. Such hypotheses are however iconoclastic and heretical. Indeed, activists are volunteers and volunteers are officially disinterested. Voluntary organizations censured specific interests of their members. They are supposed to be totally devoted to the collective aims of the organization and other concerns might endanger the authenticity of beliefs in these aims. But resistances may also be a consequence of the difficulties of social scientists to analyze how individuals deal with and vaguely perceive their censured interests. The idea that rewards are "unconscious" is as inadequate as the cynical assumption that activists deliberately strive for them. Analogy with scotomisation (blocking out) helps to understand how rewards may be vaguely perceived and repressed at the same time. Rewards, as well as charges and costs, are not intrinsic to collective action. They are set up and experienced in the course of volunteers' careers. Importance given to rewards and charges of activism varies according to changing stages, positions and viewpoints of each activist's career. The sheer existence of rewards also depends on suitability of benefits potentially provided through activities in a collective organization on the one hand, and of expectations of its members on the other hand. Devotion to the cause of a collective action is, in most cases, a reward in itself. It gives value to activism and set it up as a source of satisfactions and incentives. But rewards of a collective action are in competition with those of the other spheres of everyday life. They may stimulate collective action as long as beliefs in its cause are strong enough to bear comparison with other appeals.

Key-words: collective action, activism, rewards, collective organizations, involvement, volunteers' careers, beliefs and interests.

En 1977 publiqué un artículo sobre las "retribuciones de la militancia" (Gaxie, 1977) en el que exponía los planteamientos básicos e hipótesis de un programa de investigación sobre diversos partidos y organizaciones políticas. A causa de circunstancias varias, este programa solo ha sido puesto en marcha parcialmente y no ha dado lugar a publicación alguna. Nunca he tenido la oportunidad de proseguir los análisis presentados en el artículo de 1977 y tampoco de responder a las críticas, incomprensiones -más o menos interesadas-, objeciones, indignaciones y tentativas de negación que han suscitado tales análisis. Al volver a leer el texto, tras este largo periodo de olvido relativo, me ha parecido que algunas de las afirmaciones vertidas en él mantienen su pertinencia y que otras muestran debilidades que han podido contribuir a producir ciertos malentendidos. La propia evolución histórica ha funcionado como test empírico al poner de manifiesto varias de las deficiencias del texto. El encuentro sobre el problema de la militancia, organizado en septiembre de 2003 en Praga (que contó con la participación de investigadores checos, polacos y franceses), me dio la oportunidad de repensar el tema de las retribuciones del compromiso y de aportar algunas correcciones y complementos a mis análisis anteriores.

El contexto teórico

Sin duda, el análisis de las retribuciones de la militancia estaba relacionado, por una parte, con una reflexión retrospectiva -algo confusa- acerca de un pasado militante, que era consecuencia de una desvinculación provocada por diversas evoluciones políticas y biográficas. Por otra parte, este análisis respondía también a varias inquietudes e interrogaciones teóricas. La presencia de afiliados y de militantes de origen popular en cier-

tas organizaciones políticas (especialmente, en el seno del PCF [Partido Comunista Francés] en la época anterior a su hundimiento) constituía un problema no resuelto desde el punto de vista de las conclusiones de mis investigaciones sobre las determinaciones sociales de la inversión [*investissement*]³ en cuestiones políticas (Gaxie, 1975; publicado con modificaciones en Gaxie, 1978). En este trabajo, había adelantado la hipótesis de que las organizaciones políticas (partidos, sindicatos y asociaciones), cuando consiguen movilizar a agentes de las clases más desposeídas, pueden contribuir a la socialización y a la autorización política⁴ de tales agentes y a compensar, en algunos de ellos, los efectos de la exclusión de los procesos de aprendizaje de lo político eminentemente escolares. Sin embargo, las observaciones que yo había podido realizar, así como los resultados de diversas investigaciones, me habían llevado a dudar de que estas vías por la que se produce una "substitución parcial" del sistema escolar pudiesen ser generalizables al conjunto de los afiliados. Además, la hipótesis de la adquisición de la competencia y la autoridad políticas, a medida que se van realizando inversiones militantes, no explica el por qué se entra en el universo de la militancia. Dado el desigual grado de politización y de competencia política existente (aspectos que ya había tratado en mis investigaciones anteriores), la explicación de la militancia política como resultado de la adhesión a una causa ideológica me parecía dudosa desde el punto de vista sociológico, aunque fuera en ese momento (y aún siga siendo) la explicación "dominante". Esta interpretación propone tácitamente que aquellos que se incorporan a una organización del campo político están interesados en las cuestiones políticas, convencidos de los principios doctrinales de dicha organización y movidos por el deseo de promover tales principios. Además, dichos postulados se adecuaban mal a diversos fenómenos que observé en mi experiencia personal, especialmente la falta de interés de ciertos militantes de origen popular por las cuestiones políticas, ideológicas y de carácter programático. El artículo de 1977 buscaba articular las hipótesis que habían surgido en mis trabajos sobre los condicionantes sociales y culturales de la implicación en temas "políticos" con las tentativas de solución de lo que me parecía un enigma: la militancia política de los miembros de las categorías sociales desfavorecidas. Quizás era una buena ocasión para examinar y explicitar, mediante la sistematicidad de las ciencias sociales, lo que, de forma vaga e irreflexiva, había visto y sentido en el curso de mi propia experiencia biográfica.

Mis primeros trabajos sociológicos estuvieron marcados por un ambiente intelectual en el que prevalecía el marxismo, así como por los esfuerzos de algunos investigadores por superar las versiones más reduccionistas y economicistas del mismo. De este modo, confrontado con el análisis sociológico de los fenómenos políticos, me interesé especialmente por todas las reflexiones acerca de la autonomía relativa de las "superestructuras". Me inspiré ampliamente (entre otras fuentes) tanto en los trabajos de Pierre Bourdieu y Jean Claude Passeron sobre el sistema educativo (1970) como en los de Max Weber y de sus continuadores - especialmente, Roberto Michels (1971) y Joseph Schumpeter (1972)-, para encontrar soluciones teóricas a la cuestión de la autonomía de "lo político" y su relación con las divisiones y conflictos sociales (Gaxie, 1973). Si bien los análisis de Max Weber (1959: especialmente 125 y ss.) ponen de manifiesto algunos de los "resortes" de esta autonomía relativa de lo político, estos presentan ciertos límites, ya que se centran únicamente en los "dirigentes y sus intereses por el poder", cuyas características no son interrogadas más allá de cuestiones como la de la "disponibilidad económica" y la de la "realización de fines materiales y objetivos". Tampoco propone la sociología de Weber un análisis elaborado de las inversiones de aquellos que colaboran con los dirigentes políticos. A lo sumo, ofrece algunas pistas sobre los motivos y las razones de los que se benefician de una retribución económica puntual e intermitente o de la ocupación de puestos remunerados dentro del partido (o de las organizaciones e instituciones controladas por él). Todo ello sin cuestionar ni ofrecer explicación alguna acerca del compromiso desinteresado de los "militantes de base". Esta laguna resulta aún más

³N. de los T.: A fin de facilitar al lector o lectora el seguimiento del vocabulario original del autor, y con ello la captación de sus matices teóricos, hemos optado por acompañar el término francés original junto a su traducción castellana en aquellos casos considerados más relevantes.

⁴Por "autorización política" designo los procesos por los que los hombres y las mujeres se sienten autorizados a tratar cuestiones políticas.

desafortunada si tenemos en cuenta que, en cierta medida, este tipo de compromiso constituye uno de los recursos fundamentales de ciertas organizaciones políticas, sindicales o de carácter asociativo.

Por otra parte, las reflexiones de Mancur Olson (1974) sobre las "paradojas de la acción colectiva" me habían ayudado a articular mi propio punto de vista. Me parecían un poco simplistas e ingenuamente materialistas, objetivistas e intencionalistas, pero sin embargo, me ofrecieron un punto de apoyo necesario para introducir y sistematizar la idea de "retribuciones simbólicas", entendida ahora como una generalización y reelaboración sofisticada del concepto de "incentivos selectivos".

Así, la hipótesis de las retribuciones de la militancia venía a continuar, amplificar y generalizar los análisis weberianos y neweberianos sobre la autonomía y los intereses particulares de los actores políticos. Esta hipótesis ofrecía instrumentos para comprender cómo los partidos -y otras organizaciones- ejercen lo que se llamaba entonces "funciones externas" (particularmente, la de la representación de intereses sociales generales) como "por añadidura", es decir, a través de la lógica y el horizonte de posibilidad inscrito en los intereses sociales particulares de sus miembros o en la búsqueda de dichos intereses. Además, el análisis de las repercusiones de los procesos de retribución en las organizaciones militantes me dio la posibilidad de abordar la cuestión de la tipología de los partidos políticos. Así, acerca de esta cuestión traté de desarrollar un punto de vista que aspiraba a ser más elaborado, desde una perspectiva sociológica, que los análisis ya clásicos de Maurice Duverger (1973), Otto Kirchheimer (1966) o Samuel Eldersveld (1964).

La diversidad de las retribuciones de la militancia

En el artículo que publiqué en 1977 señalaba la existencia, con el propósito de analizarlas, de una serie de implicaciones de lo que podríamos llamar satisfacciones, ventajas, placeres, alegrías, beneficios, gratificaciones, estímulos o recompensas de la militancia. Estos ingredientes visibles de la actividad militante pueden ser analizados y, al mismo tiempo, definidos como retribuciones (no necesariamente buscadas como tales y carentes de fines monetarios en su mayor parte) características de la implicación en las actividades de una organización colectiva. Esta hipótesis contenía elementos que podían ser considerados iconoclastas y heréticos en los ambientes militantes de los años 70, un contexto histórico de movilización que se nos aparece hoy (en lo que se refiere a la militancia) como un tiempo de "encantamiento". A pesar de los cambios sociales que se han ido produciendo y sobre los cuales volveremos más adelante, esta hipótesis conserva un carácter escandaloso o molesto para muchos individuos dados a idealizar la actividad militante. Desde el punto de vista sociológico, la hipótesis de las retribuciones proporciona ciertos instrumentos de ruptura en relación a las representaciones espontáneas, a menudo ingenuas e interesadas, de las actividades de la militancia. Además, aporta los medios para comprender y explicar las razones por las que la participación militante en una organización colectiva puede importar -o dejar de importar- a ciertas personas o, dicho en otras palabras, para analizar las inversiones que se realizan en la actividad militante. Tal hipótesis es de carácter sociológico y no busca ni rebajar ni denigrar el compromiso, al que podemos considerar normativamente como estimable, noble, generoso, valiente o cívico: lo que permite es comprender las condiciones que favorecen el compromiso. A menudo, a esta hipótesis se le reprocha la posibilidad de ser susceptible de favorecer el desencantamiento y, por tanto, de debilitar la militancia. Sin embargo, hay que recordar que los sociólogos no están aislados del mundo social y que, por el hecho de que se producen transformaciones sociales, algunos de ellos pueden problematizar ciertas realidades que permanecían o bien desapercibidas, o bien poco trabajadas de forma sistemática. Es decir, el cuestionamiento sociológico de las retribuciones de la militancia obedece a unas condiciones sociales de posibilidad y se inscribe, con toda probabilidad, en un momento histórico de retroceso del compromiso colectivo.

Sería legítimo preguntarnos si las ciencias sociales contribuyen, al menos en parte, a este retroceso. Para ello, habría que tener en cuenta, antes que nada, las condiciones de recepción de estas ciencias y sus análi-

sis de la militancia para comprobar el alcance de sus eventuales repercusiones. En primer lugar, hay que contestar que la militancia es una práctica cuyo carácter más o menos "encantado" se reproduce y se reactiva según ciertas condiciones propias, analizadas más adelante. Al mismo tiempo, hay que decir que los militantes son perfectamente capaces de movilizar sus recursos para la negación de, entre otras cosas, este tipo de análisis. También puede ocurrir que algunos analistas que se auto-proclaman científicos sociales proporcionen justificaciones a los militantes. Finalmente, cabría preguntarse, desde un punto de vista normativo, por qué una práctica "encantada", pero "ciega para sí misma", sería más deseable que una práctica militante más lúcida y consciente de sí. A pesar, incluso, de que puedan existir militantes que fueran susceptibles de sentirse afectados por los análisis sociológicos de la militancia (sin duda, de número escaso y por razones distintas del hecho de ser conscientes de los análisis de las retribuciones de la militancia). Al fin y al cabo se puede estimar normativamente que la lucidez y la "autenticidad" van de la mano en materia de militancia y de voluntariado.

A pesar de sus intenciones de ruptura, el artículo publicado en 1977 no negaba las satisfacciones que tradicional y "legítimamente" se asocian a la defensa altruista de una causa colectiva. En él se mencionaban, por ejemplo, "el compromiso con la causa y la satisfacción derivada de la defensa del ideario" como "mecanismos de retribución de la actividad política" (Gaxie, 1977: 125). También recordaba, conforme al sentido común militante, que las "poderosas razones e incentivos simbólicos" ofrecidos por los partidos de masas "dan un sentido a la vida y a la actividad de sus miembros" (Gaxie, 1977: 125). Además, siguiendo a F. G. Bailey (1971: 58), señalaba que "los servicios que ofrecemos 'por amor' son servicios de los que no se espera beneficio alguno" y que, en una "relación moral verdadera, el servicio es, en sí mismo, la recompensa" (Gaxie, 1977: 140). A pesar de ello y aunque el artículo reconocía el hecho de que la adhesión a una causa podía ser un factor de movilización política (pero también sindical o de carácter asociativo), también añadía que esta adhesión no es *el único elemento y ni siquiera el más determinante* de la movilización (Gaxie, 1977: 126). Sin negar la existencia de "motivos ideológicos" para la acción militante, el artículo insistía sobre la importancia de "otros incentivos" (Gaxie, 1977: 128).

Estos "incentivos" son diferentes de las razones aducidas habitualmente para la acción colectiva y, de hecho, cuestionan su alcance real. Si bien tales incentivos suelen ser minimizados u ocultados en muchas de las representaciones "espontáneas" de la militancia, pueden ser observados con facilidad, especialmente en ciertos comportamientos, percepciones y declaraciones de militantes. Estos incentivos existen para los dirigentes, que obtienen al menos dos ventajas de la ocupación de posiciones de poder en su organización (o en el propio Estado): por un lado, una fuente de ingresos que les permite vivir de la política (junto con los medios necesarios para poner en práctica un programa de principios ideológicos) y, por otro lado, numerosos beneficios materiales y gratificaciones simbólicas como el prestigio, el honor o el poder mismo. De igual forma, puede observarse el mismo tipo de incentivos entre aquellos que ocupan otros niveles de la jerarquía: estos, si bien pueden carecer de remuneración, encuentran "recompensas" de facto a través de diversos beneficios relacionados con el poder, la significación (reconocimiento, prestigio, sentimiento de importancia, satisfacción de actuar sobre el mundo para transformarlo, poder sobre cosas y personas, derecho a intervenir en diversos espacios públicos o acceso a información estratégica) y la estima o admiración de sus propios compañeros de lucha. Por su parte, los llamados "militantes de base", si bien puede que no tengan acceso a semejantes incentivos, obtienen a menudo varias satisfacciones que contribuyen a sostener -incluso a reforzar- sus disposiciones hacia la inversión. Así, la sensación de actuar y de no permanecer pasivo, la de transformar o poder transformar la realidad y la de hacer historia -a veces-, puede dar razones para vivir. También ocurre que la dedicación, el tiempo entregado, los esfuerzos realizados, los sacrificios efectuados, los riesgos asumidos y la renuncia a los placeres de la vida "ordinaria" generan sensaciones de calma, serenidad o plenitud (incluso satisfacciones de orden moral o hasta un sentimiento de superioridad ética).

Por otra parte, algunos militantes desarrollan una tendencia a convertirse en autodidactas y llegan a adquirir nuevos instrumentos de comprensión del mundo y diversos saberes prácticos tales como la acumulación y organización de información, la capacidad para desarrollar un argumento de forma ordenada o ciertas habili-

dades necesarias para tomar la palabra en público. De este modo, logran compensar, aunque sea de forma parcial, el handicap escolar y cultural. Con ello, anulan su sentimiento de ignorancia, inferioridad social o de incompetencia política y se sobreponen al auto-desprecio o la estigmatización de los que son víctimas (Collovald, 2002b: 187). Otros militantes, por su parte, pueden quedar obnubilados por el descubrimiento de la cultura legítima, por su propio enriquecimiento intelectual y por las posibilidades de acceso al conocimiento que les ha abierto la militancia. Estos adquieren un nuevo grado de seguridad que puede llegar a considerarse como un complejo de superioridad intelectual por parte de sus compañeros militantes. Muchos de ellos se involucran, también, en las luchas y competiciones internas y buscan, al mismo tiempo que obtienen cierto placer en ello, relacionarse con "personalidades importantes", hacerse valer, hacerse notar, reforzar su posición o, simplemente, imponerse. La militancia es, frecuentemente, una ocasión de afirmación y de valoración de uno mismo: es lo que permite a algunos individuos encontrar una utilidad, una visibilidad y un rol social gratificante. También puede ser una oportunidad para desquitarse de experiencias de desarraigo familiar o profesional, de precariedad, de paro o de marginalidad (véase el ejemplo de los militantes de una asociación de ayuda al alquiler para personas en riesgo de exclusión que describe Cécile Péchu, 2001). En un caso como ese, tanto la experiencia militante como el capital de relaciones sociales obtenido a través de ella -a menudo, de forma no premeditada- pueden facilitar la inserción en el mercado de trabajo. Otros pueden encontrar clientes (sin que necesariamente los hayan buscado conscientemente) y obtener pedidos de mercancías a través de la experiencia y el capital social militante. Los hay, también, que comienzan a ejercer la profesión a la que pertenecen de un modo que resulta más gratificante, como los médicos comprometidos con causas humanitarias que ha analizado Johanna Siméant.

Por su parte, también los intelectuales pueden extraer de todo ello beneficios (generalmente, sin buscarlo de manera expresa) de diversos modos: ganarse el "derecho" para intervenir públicamente y acceder a tribunas periodísticas; encontrar nuevas oportunidades de publicación; aprovechar la ocasión para enfrentarse con otros pares más consagrados; o, simplemente, para ganar notoriedad personal. En todos estos ejemplos, las retribuciones que obtienen de la militancia provienen de universos exteriores al de la acción colectiva. Así, también ocurre que algunos intelectuales pueden obtener de su participación militante materiales para la observación, problemáticas de investigación, un aire de "empiricidad" o recursos para reivindicar una comprensión más adecuada de los fenómenos de la militancia investigados. Es decir, que el hecho de pertenecer a distintos campos les posibilita tanto movilizar recursos intelectuales en los ámbitos militantes como, en sentido contrario, apelar a experiencias militantes en la producción y luchas intelectuales.

En definitiva, para los militantes más inmersos en la práctica militante, esta puede ser un espacio para la integración, el ocio, la convivencia, la fraternidad y la vida amorosa. También puede proporcionar una sensación de aventura y de ruptura con la monotonía de la existencia "ordinaria": por ejemplo, los escalofríos que pueden sentirse al participar en una pega de carteles nocturna bajo amenaza de grupos rivales o, a otro nivel, cuando hay que colaborar para llevar a buen puerto una misión difícil en un contexto de guerra civil.

Por el hecho de ser partícipes de la militancia y solo en la medida en que lo siguen siendo, los militantes valoran considerablemente (en la práctica y con grados de reconocimiento explícito variables) estas satisfacciones, cuyas propiedades de *retribución* dependen de esta misma valoración, tal y como veremos más adelante. Al mismo tiempo, las capacidades de apropiación de estas gratificaciones son un elemento importante para la comprensión y explicación de las inversiones y las desinversiones [*désinvestissement*] militantes y, a través de ellas, del funcionamiento y el agenciamiento [*agencement*] de las organizaciones colectivas basadas en el "voluntariado". De otro modo, no podríamos comprender el hecho de que algunos hombres y mujeres se sacrificasen y asumiesen riesgos (incluso llegando, en algunos casos, a comprometer sus propias vidas), si no estuvieran impulsados por razones y estímulos imperiosos, que, al mismo tiempo, merece la pena tratar de explicar. De hecho, el compromiso suele tener un "coste" (en términos de tiempo, energía, disponibilidad, dureza, estilo de vida, renuncias, peligros, etc.) y las gratificaciones que genera entran o pueden entrar en conflicto con otras obligaciones y satisfacciones: las de la vida amorosa, la vida familiar, la vida escolar, la vida profesional, el ocio o la posibilidad misma de emprender una trayectoria [*carrière*] militante alternativa.

Así, la debilidad y fragilidad de los procesos que conducen al compromiso militante son un rasgo estructural de las organizaciones y las movilizaciones de carácter colectivo y son la causa misma de la volatilidad del compromiso y la constante reposición de efectivos⁵.

La militancia y la negación de sus retribuciones

Los universos militantes -partidos, sindicatos y asociaciones- son *oficialmente* (es decir, de manera lícita, legítima, pública y colectiva) "desinteresados", aunque hay que señalar que lo son en diversos grados que varían según algunos factores como el grado de "encantamiento" al que tienden las disposiciones de los miembros, los tipos de trayectorias militantes y los contextos institucionales y políticos. Tales universos tienden hacia la defensa de una causa legítima (al menos, a ojos de sus adeptos), de un interés colectivo o de un ideal. Además, en ellos se valora y se atrae a aquellos individuos que priman la gratuidad, el sacrificio por los demás, el voluntariado, la generosidad, la dedicación a los otros, el tener voluntad propia, el altruismo, la solidaridad y el interés general. Asimismo, se oponen (y extraen varias de sus propiedades de dicha oposición) a los universos económicos y de poder, socialmente constituidos en torno a la búsqueda del beneficio, del enriquecimiento económico, del interés privado, del interés personal, del dinero, del negocio, del salario, del beneficio individual, del poder, del prestigio, de la fuerza y del cálculo "egoísta". Estos universos militantes, organizados alrededor de la promoción de una causa colectiva, "censuran" (de forma desigual, según diversos factores) los intereses personales de sus acólitos, cuya manifestación demasiado explícita provoca suspicacias acerca de la verdadera naturaleza de su compromiso: las organizaciones que se definen como de carácter voluntario distinguen, de manera tácita o cuando la ocasión así lo requiere, las conductas y ambiciones que son aceptables o confesables públicamente (por ejemplo, las satisfacciones asociadas al sentimiento de eficacia en la lucha o la mejora de competencias en la defensa de la causa) de las que no lo son.

Muchas de las propiedades de este tipo de organizaciones, y de las creencias que en ellas se promueven, provienen -de forma variable- del encuentro entre las disposiciones hacia el "desinterés" (que, aunque pueden variar en sus grados, siempre poseen un mínimo de inclinación constituyente) de sus miembros y un modo de funcionamiento que premia aún más el "desinterés" [*désintéressement*] (Bourdieu, 1994: 164). Las convicciones específicas de los universos militantes son compartidas, en mayor o menor medida, por aquellos que se encuentran comprometidos con la causa y las conductas que concuerdan con los valores oficiales de la militancia se aseguran mediante diversas formas de recompensa⁶. La "sacralización" (sin duda desigual, pero

⁵ En el artículo de 1977, vinculé esta propiedad del compromiso militante con lo que denominé la condición de "partido coladero" del PCF, lo que sorprendió a los especialistas. De igual manera, Eric Agrikoliansky (2001: 43) ha comprobado que la tasa anual de no renovación de los miembros de la Liga por los Derechos Humanos francesa es del orden del 80 o 90%. [N. de los T.: La idea de "partido coladero" recoge una de las particularidades que el autor señaló en el artículo citado como característica, según diversos grados, de todas las organizaciones políticas de masas: el flujo constante de afiliados (la pérdida y renovación constante de efectivos), que el autor no considera imputable a causas exteriores sino a factores que tienen que ver con la organización misma de tales colectividades. En dicho texto señala al PCF como un caso prototípico.]

⁶ La adhesión a estas creencias forma parte de la implicación en la acción colectiva. Estas son compartidas por la mayoría de los participantes, frente a aquellos que ya lo están dejando de ser, que se han ido desvinculando o que siempre han sido ajenos a dicha participación. Tales creencias presuponen una organización social que implica una demarcación entre bienes e intereses que se consideran colectivos y bienes e intereses que se consideran individuales. En cuanto las consideraciones individuales prevalecen, el predominio de tales creencias disminuye. Un ejemplo interesante de acción colectiva en la que sus participantes se dividen entre quienes consideran los fines como colectivos y quienes no comparten dicha visión, es el de las movilizaciones en favor de los "sin papeles". Johanna Siméant (1998: 139-45) muestra que algunos participantes a los que les incumbe personal y más directamente el problema no perciben el objetivo de la movilización -la regularización de inmigrantes en situación irregular- como un bien colectivo: buscan más bien, a través de la participación en el movimiento, aumentar sus oportunidades individuales de ser regularizados, lo que no

efectiva a pesar de ello) de la causa colectiva y la "canonización" (igualmente variable) de las acciones llevadas a cabo en su defensa van paralelas a la condena (más o menos pronunciada según los casos) de la búsqueda de "beneficios" individuales, como se puede observar en las estigmatizaciones bastante habituales (con diversos grados de intransigencia) de los intentos de "hacer carrera" o de cualquier muestra de "ambición"⁷. Además, la militancia se muestra como más "voluntaria" cuanto menor es la remuneración monetaria que pueda derivarse de ella. En una sociedad en la que "el interés" tiende a confundirse con la forma particular del interés económico, la ausencia de remuneración es sinónimo de desinterés y, por tanto, de entrega a los otros, especialmente cuando se acompaña *a fortiori* de ausencia de poder, como en el caso de los militantes "de base"⁸. El desinterés se encuentra aún más fuertemente objetivado e interiorizado por los participantes en los casos en los que, como en la militancia "moral" o "de conciencia", los objetivos de la acción colectiva que se persiguen no atañen directamente al militante, que se compromete en estos casos para ayudar a los más débiles y vulnerables: los sin papeles, sin hogar, analfabetos, víctimas del hambre, víctimas de epidemias, víctimas del sub-desarrollo y víctimas de las guerras civiles en los países del sur (Collovald, 2002b: 182).

Este ingrediente normativo es un elemento importante en la construcción social de las "causas" colectivas, aunque varíe probablemente en cada causa particular. Se puede comprobar en el empeño de los adversarios y apóstatas de la causa en denunciar, unilateralmente, los "intereses ocultos" que están detrás de lo que perciben y describen como una "fachada" hipócrita. También puede constatarse en la actual concomitancia entre el debilitamiento de la influencia de las causas colectivas y el debilitamiento de la creencia en el carácter desinteresado de las movilizaciones colectivas⁹. Al mismo tiempo, todos los partidarios de la ideología militante atribuyen (hay que repetir que de diversas maneras, según determinados factores) un rol decisivo a las razo-

quiere decir que este sea el único motivo ni la única razón de su compromiso. Se ve en todo ello que las organizaciones colectivas se basan también en diversas subjetivaciones: no hay acción, intereses o bienes colectivos en sí, sino que son las disposiciones, representaciones y creencias las que convierten en aspectos "colectivos" a las acciones llevadas a cabo en común, los intereses compartidos y las finalidades atribuidas a la movilización.

⁷ Estas propiedades son características de todas las acciones colectivas. Sin embargo, se puede plantear que, según las organizaciones y los movimientos sociales de los que se trate, pueden desarrollarse de forma desigual. La sociología de la militancia se ha interesado hasta ahora por las acciones colectivas de orientación "progresista". Sabemos, por el contrario, pocas cosas sobre la militancia en movimientos "conservadores" o calificados "de derechas". No está claro que las conclusiones que puedan extraerse de investigaciones acerca de los movimientos "progresistas" sean pertinentes para todas las organizaciones. Es posible, por tanto, que las hipótesis que estamos planteando aquí estén afectadas por un sesgo de este tipo y que no se puedan extraer generalizaciones más amplias a partir de ellas. Sería interesante comprobar la validez de dichas hipótesis en casos particulares poco conocidos, como los de organizaciones situadas en las regiones "de derechas" del campo político o en su esfera de influencia.

⁸ Las situaciones de solapamiento entre los universos económicos (oficialmente interesados) y los universos de carácter asociativo (oficialmente desinteresados) son casos sociales especiales que ponen de relieve la oposición que existe entre ambos universos al mostrar los esfuerzos realizados para limitar y sostener al mismo tiempo lo que en realidad son oposiciones irreductibles. Ver, en este sentido, Emmanuel Marchal (1992).

⁹ La hipótesis de los intereses de la militancia era mucho más iconoclasta en el contexto politizado y comprometido de los años 70, es decir, cuando las creencias políticas estaban mucho más firmemente establecidas (para los públicos interesados) que en el periodo actual, caracterizado por el escepticismo ante las posibilidades transformadoras de la acción política (aunque la reinversión y el re-encantamiento de disposiciones militantes en nuevas causas impiden una revisión demasiado radical de las perspectivas de la militancia). Así, es posible que el reconocimiento de los intereses asociados a la militancia se haya convertido, como señala Corcuff (2002a: 139), en "una forma de argumentación al uso en los ambientes políticos". Contrariamente a lo que sugiere este crítico de la sociología de la militancia, se trata más bien de un producto de las encrucijadas actuales de la actividad militante que de un "efecto teórico" de las ciencias sociales. Sin embargo, este académico-militante o militante-académico es el más indicado para olvidar que nuevas formas de militancia (y sus analistas correspondientes) están reactivando los esquemas tradicionales de la abnegación bondadosa, del desinterés y de la implicación auto-suficiente en la causa, como sucede cuando él mismo propone "el modelo sociológico de análisis de la interpelación ética en el cara a cara" (Corcuff, 2002a: 139).

nes ideológicas, políticas o "morales" para explicar la adhesión, el activismo y la deserción. Desde este punto de vista, la hipótesis de las "retribuciones de la militancia" puede aparecer (sin duda, de forma variable) como un sacrilegio, una denuncia hostil, una visión parcial y reduccionista y como una toma de posición "utilitarista" y "maquiavélica". En este aspecto, como en tantos otros, los especialistas de las ciencias sociales contribuyen a la defensa de los valores oficiales y a la reafirmación del componente normativo de los universos militantes: una gran parte de los que escriben sobre la acción colectiva o bien son hijos de militantes, o bien son -o han sido- ellos mismos militantes o simpatizantes de diversos movimientos, la mayoría de las veces de orientación política "de izquierdas". Muchos de ellos, cercanos al mundo militante, comparten la visión militante del mundo en mayor o en menor medida. Así, también aquí como en otros dominios, una parte importante de la energía intelectual es movilizada para celebrar la organización normativamente oficial de las instituciones sociales y combatir las propuestas que parecen amenazarla¹⁰.

Como ocurre con los postulados empíricamente demostrados de las desigualdades sociales (ante la escuela, la cultura, la política, etc.), la idea de las retribuciones de la militancia (cuya realidad e importancia son patentes para cualquiera que se haya tomado la molestia de realizar un mínimo de observación) se enfrenta a todo tipo de negaciones y resistencias en el espacio académico, las cuales se muestran con claridad en los silencios (a menudo traicionados por alusiones desganadas, con ánimo de censura o directamente hostiles) que reciben por respuesta este tipo de análisis sociológicos, percibidos como impertinentes. En algunos casos en los que la hipótesis de las retribuciones sí es admitida, se argumenta que estas retribuciones no existen en todas las organizaciones o que su análisis solo resulta de valor heurístico en determinados casos. Por ejemplo, se afirma su no pertinencia en el caso de organizaciones que no están inmersas en la lucha directa por conquistar posiciones de poder y en las que no habría gratificaciones "materiales". También se argumenta que, aunque las retribuciones simbólicas pueden existir, estas no serían determinantes, ya que las posiciones de poder interno son de poco prestigio y que la naturaleza intermitente de dichas organizaciones sólo permite inversiones moderadas. Otra "réplica" posible consiste en la elaboración de interpretaciones empobrecidas y simplificadoras de la sociología de las retribuciones que, a su vez, permiten acusarla fácilmente de reduccionista y simplista y, de este modo, "derrotarla" sin esfuerzo. Por ejemplo, como cuando se reduce el concepto de retribución a los estímulos que son diferentes de las razones oficiales y legítimas del compromiso, lo que permite llegar a la feliz conclusión de que el compromiso es gratificante en sí mismo. Tal conclusión de aspecto razonable permite acumular los beneficios derivados de la reafirmación del sentido común al mismo tiempo que subraya, de forma subrepticia, la debilidad de la hipótesis de las retribuciones de la militancia (caracterizada implícitamente como incompleta y partidista). En la misma línea, se ha argumentado que las hipótesis que consideran explícitamente los intereses de la militancia son propias de una "antropología utilitarista y maquiavélica", lo que sólo es posible si se imputa a tal tipo de análisis (a pesar de las innumerables advertencias en sentido contrario) la premisa de la búsqueda consciente e intencional de intereses individuales: ¿acaso es posible ser "utilitarista" o "maquiavélico" sin deliberación consciente? También ha sido reprochado que dichas hipótesis -tan groseramente desafortunadas- han sido aplicadas para analizar prácticas de diversos tipos y en todo tipo de circunstancias, es decir, de forma transhistórica y transcultural¹¹. Asimismo, definir

¹⁰ El trabajo de negación de las "retribuciones" de la militancia es un caso particular de resistencia a la sociología. Tal resistencia resulta, de cara al análisis, enigmática: ¿por qué un universo social explícitamente orientado a la búsqueda de la "verdad" del mundo social gasta tanta energía en desestimar el reconocimiento de algunas de sus manifestaciones más palpables? Habría que preguntarse si sería suficiente, para dar cuenta de esta paradoja, con evocar la existencia de la competencia y competición académicas; de trayectorias sociales y procesos de socialización que predisponen a resistirse a la objetivación y al desvelamiento del mundo social; de la amputación del análisis en base a consideraciones ideológicas y a los beneficios de la mera celebración; así como de los costes derivados de la transgresión del sentido común.

¹¹ Jean-Claude Passeron (1991: especialmente 357) señala precisamente que la historicidad de los hechos sociales condena a la sociología a no extraer más que regularidades contextualizadas. Por tanto, pretender descubrir una "antropología" en un trabajo sociológico vendría a introducir dentro de las ciencias sociales un punto de vista filosófico que en sí debería serle ajeno. El sociólogo que analiza las retribuciones de la militancia en diversas acciones colectivas del

como "analogía económica" o como "economicista" el concepto de interés es adoptar, de nuevo, un espíritu simplificador: tal definición lleva implícita una reducción -consciente- del interés general al interés económico, olvidando que la propia palabra también tiene una acepción más amplia en el lenguaje ordinario y que resulta más adecuada al objeto (por ejemplo, cuando hablamos de "centros de interés").

Una táctica argumentativa más "prudente" consiste en refugiarse en el eclecticismo: de un lado, se reconoce que el tener en cuenta las retribuciones es un elemento de ruptura con el sentido común militante que pone el acento sobre un aspecto comúnmente ignorado y que, por ello, tiene un cierto valor heurístico; por otro lado, y de forma paradójica, se subraya el carácter "estrecho", "ciego" e "inadecuado" del análisis de los intereses, así como de los riesgos de rutinización empobrecedora y de repetición dogmática que conllevan (Corcuff, 2002a: 64; 2002b: 133). Proponer argumentos de apariencia científica con el fin de racionalizar una resistencia ideológica tiene grandes dosis de hipocresía. Esto ocurre nuevamente cuando se propone, para intentar eludir el postulado (percibido como "impertinente") de las retribuciones de la militancia, la aplicación de otros instrumentos de análisis que se consideran superiores y, sin embargo, tales conceptos o bien no designan más que uno de los aspectos de estas retribuciones (como la felicidad que proporciona el sacrificio por los demás en la militancia "de conciencia"), o bien se centran en otra dimensión de la acción colectiva (como el sistema de valores constitutivos de una "identidad")¹². Oponer la "interpelación ética en el cara a cara" a las retribuciones de la militancia supone introducir un desplazamiento que lleva a una confusión entre dos elementos: por un lado, las circunstancias y los procesos de entrada en la acción colectiva y, por otro, el interés por y dentro de la acción colectiva. La objeción de que "el distanciamiento radical respecto del punto de vista interior a la acción militante conduce a "perder de vista componentes de la experiencia, que entonces son ignorados por el bulldozer del 'economicismo'" (Corcuff, 2002a: 138)¹³, sería aceptable si se describiesen estos "componentes", los protocolos empíricos que permiten observarlos y se explicase cómo tales componentes pueden ser articulados teóricamente con otros que habrían sido correctamente tenidos en cuenta. Para ello, habría que situarse y mantenerse en el terreno científico, mientras que numerosas discusiones se deslizan constantemente de forma subrepticia del análisis al juicio ideológico. Entonces, hay que concluir que se están denunciando con mayor énfasis los posibles sesgos de los análisis de tendencia "materialista" (a causa de su referencia a "intereses") que los sesgos que serían producto de la falta de distanciamiento crítico respecto del idealismo del sentido común militante. Así, se trata en realidad, bajo la apariencia de rectificaciones teóricas o metodológicas -y cuya multiplicación es comprensible-, de la denuncia de auténticas "faltas de gusto", incluso "faltas morales", consideradas como propias de "pensamientos malos e inconvenientes" y que son desdeñados, corregidos y enteramente reorientados.

La escotomización de las retribuciones de la militancia

Estos debates e incomprendimientos no sólo derivan de las reacciones de defensa ideológica, de las afinidades intelectuales o de la competencia académica. También son consecuencia de las dificultades de las ciencias

periodo contemporáneo no pretende explicar todas las conductas humanas de todas las culturas desde el paleolítico hasta nuestros días, ¡ni siquiera dar cuenta de todas las prácticas sociales de su época! En el mismo sentido, toda construcción del objeto implica una autonomización que, recordando el vocabulario de Max Weber, aísla y pone el acento sobre un complejo particular de relaciones causales parciales. Es por ello ingenuo y absurdo acusar de tener una "pretensión dogmática de explicar todo a partir de una noción única" (Corcuff 2002b: 65) a un tipo particular de construcción del objeto, como es el caso del que trata de los intereses para la acción.

¹² La benevolencia con la que se cita (por ejemplo, en Corcuff, 2002b: 66) el texto de Alessandro Pizzorno (1986: especialmente 352) como prueba para descartar la consideración de los intereses de la militancia constituye un ejemplo de negación por desplazamiento.

¹³ Toda pregunta acerca de los matices metafóricos del concepto -que se supone muy controlado teóricamente- de "bulldozer" sería pura maldad, ¡pero así de selectiva es a veces la vigilancia metodológica!

sociales para dar cuenta de los estados de “consciencia” (o de percepción) de prácticas y representaciones socialmente censuradas¹⁴. Los movimientos colectivos son un ejemplo de universo social donde actúan diversas representaciones normativas y censuras sociales. En ellos la participación, como ya dijimos, es normativa y oficialmente voluntaria, es decir, desinteresada y gratuita. La prosecución de los objetivos colectivos establecidos por el movimiento es el móvil legítimo de la acción. Los intereses personales diferentes de las finalidades colectivas (como por ejemplo, los beneficios de la integración, de la convivencia, del equilibrio personal, de la inserción social, de la carrera o promoción profesional, de la coherencia o integridad ética) son objeto de un trabajo individual y colectivo de denegación, rechazo, prohibición o racionalización. En este sentido hay dos obstáculos que paralizan los análisis: la reducción y el encantamiento.

El encantamiento consiste en apegarse a las representaciones oficiales y en retener únicamente los móviles legítimos de la militancia. El análisis de las prácticas militantes adopta aquí el registro edificante de la “vida de los santos”, atrapados en, orientados hacia, consagrados a, y animados por los objetivos proclamados de la acción colectiva. Esta clase de orientación teórica implica evidentemente algunas debilidades y puntos ciegos. Dejando de lado por principio el análisis de una parte de los intereses a tratar, no se aportan los medios para dar cuenta adecuadamente de las prácticas militantes. También se ignoran así las representaciones de los propios militantes, pues resulta un tanto unilateral y, por ello, inexacto, afirmar que los militantes piensan y experimentan su actividad “en clave de servicio, de entrega y desinterés” (Agrikoliansky, 2001: 38). Si bien adoptan ese “registro” de manera predominante, sobre todo cuando se encuentran en situaciones “oficiales”, también refieren otras motivaciones en espacios más confidenciales, en las conversaciones con sus pares cuando expresan decepciones o critican los comportamientos de algunos de sus compañeros de lucha, o incluso en las situaciones de entrevista¹⁵. Por otro lado, la reducción consiste, simultáneamente, en desestimar las representaciones oficiales y considerar solamente las retribuciones de la militancia que no derivan de la búsqueda de los fines colectivos. Una reducción de este tipo implica puntos ciegos: no tiene en cuenta los móviles oficiales, que son también muy a menudo móviles individuales y, aún más importante, impide ver que el componente normativo de la acción colectiva es, en muchos casos, una condición de posibilidad para la existencia de otras retribuciones individuales (cf. infra).

La articulación de gratificaciones y móviles oficiales, por una parte, y las retribuciones (oficialmente) negadas de la militancia, por la otra, constituyen cuestiones teóricas difíciles, muy raramente planteadas y aun menos resueltas por las ciencias sociales. En el artículo de 1977 me debatía entre dos soluciones. La primera consistía en aunar de manera ecléctica los dos tipos de explicación. Desde esta perspectiva, el análisis se centraba en afirmar que hay retribuciones de la militancia “más allá de los móviles ideológicos” y que, por ello, la adhesión a la causa no puede ser considerada como el único factor, ni siquiera como el factor explicativo determinante del activismo. Las insuficiencias de esta posición residen sobre todo en la ausencia de un análisis de las relaciones entre los dos elementos explicativos, así como en la minimización de la importancia de los “móviles ideológicos”. Una segunda explicación consistía en analizar el “compromiso con la causa” como un mecanismo de “ocultación” de las retribuciones individuales de la militancia. Desde esta perspectiva, los militantes “viven su adhesión y su acción como un compromiso desinteresado”, y la apropiación de beneficios no colectivos se describe como más o menos “inconsciente”.

¹⁴ El recurso a categorías procedentes del psicoanálisis no debe hacer creer que los procesos sociales y psíquicos de censura, denegación y defensa sean idénticos. Más bien se trata de analogías, cuyos límites de pertinencia intentaré precisar mejor en las páginas siguientes.

¹⁵ Un encargado de sección de la Liga por los Derechos Humanos entrevistado por Éric Agrikoliansky (2001: 40) explica, por ejemplo, que él se afilió porque “los derechos humanos no están mal, son universales”, pero también porque después de una mudanza estaba un poco desorientado, no conocía a casi nadie y se encontraba algo perdido. Otro encargado de sección habla de la Liga como de un “lugar de vida” donde “uno sabe que encontrará gente que piensa como él”.

Desde esta perspectiva, los movimientos de acción colectiva se analizaban como un caso particular de universos organizados en torno a una economía simbólica fundada sobre la denegación [*refoulement*] y la censura colectivas del “interés”, sobre el rechazo y el tabú de su explicitación, sobre el desconocimiento compartido [*méconnaissance partagée*] de todo ello, es decir, de la producción de habitus “desinteresados” (Bourdieu, 1994: particularmente 162, 179, 190, 200, 209). En los casos examinados aquí, un punto de vista como este conduce a absolutizar y, por ello, a simplificar los procesos sociales de denegación, censura y desconocimiento. Pues si bien los intereses “personales” de la militancia son “censurados” cuando difieren de los fines oficiales de la acción colectiva, no son totalmente “inconscientes” y desconocidos [*méconnus*]. La denegación, como el tabú de la explicitación, sólo es parcial. No hay que deslizarse subrepticamente de la analogía a la similitud y hacer como si los procesos sociales y psíquicos de censura fuesen idénticos; pues en el caso de procesos de afiliación a causas colectivas algunas etapas o fases de la carrera militante, o ciertos periodos de la evolución histórica, contribuyen a la emergencia de intereses y disposiciones a la inter y auto-objetivación de las prácticas militantes. Una diferencia entre las censuras psíquicas y las sociales reside en el hecho de que si bien existen intereses individuales y colectivos en la denegación, también existen intereses individuales y colectivos en el desvelamiento de las prácticas de los rivales o adversarios. Asimismo, en un universo social donde la influencia de las relaciones mercantiles favorece la generalización de la interpretación de las prácticas a partir de esquemas procedentes del universo económico¹⁶, es fácil pensar que las dudas sobre los intereses del compromiso se multipliquen.

La existencia de retribuciones de la militancia se manifiesta sobre todo en la práctica, es decir, al margen de toda explicitación reflexiva. Ello puede apreciarse, por ejemplo, en los jubilosos reencuentros de las reuniones, en el alegre ambiente de la comida posterior, en la organización de un orden jerárquico de las delegaciones, en la escenificación de la oposición entre la tribuna y la sala, en la misma valoración del acceso a esa tribuna o en la efervescencia que provocan las nominaciones a los puestos de responsabilidad. Sin embargo, estas retribuciones no sólo son apreciadas, codiciadas o envidiadas: también son “percibidas” o, al menos, apercebidas, de un modo que puede ser confuso, parcial o más o menos explícito. Por una parte, los militantes a menudo no son “conscientes”, o no quieren serlo, de los beneficios que obtienen de sus gratificaciones. Tampoco perciben las diversas satisfacciones que les reporta su actividad como una “recompensa” y un factor de inversión en esta actividad. No obstante, al mismo tiempo, rememoran momentos privilegiados de su itinerario militante o fantasean con alguna situación agradable cuando, en sus ensoñaciones, se abandonan a las divagaciones de su imaginación. Algunos se complacen imaginando que acceden a una posición envidiada, que cautivan al auditorio con un discurso inflamado o que son consultados por la dirección de su organización. Otros rumian más o menos confusamente sus decepciones y sus frustraciones en su fuero interno, cuando las satisfacciones esperadas no llegan. Las confidencias intercambiadas “en privado” por los militantes dejan a veces libre curso a la expresión de remordimientos, decepciones, esperanzas o resentimientos malintencionados; están saturadas de alusiones a los intereses que unos y otros depositan en la militancia. Entre otras cosas, estas conversaciones se centran en la interferencia de las motivaciones personales sobre la actividad militante, los episodios de luchas –más o menos declaradas– por la conquista de posiciones de poder interno, las promociones, las actuaciones más audaces, las satisfacciones de la acción misma, las esperanzas o las decepciones. En estos discursos se confirma la importancia práctica de estos componentes de la militancia a ojos de quienes se deleitan con su mera evocación. Las satisfacciones, o al menos algunas de las satisfacciones de la actividad militante, también se explicitan en las situaciones de entrevista, la mayoría

¹⁶ Pierre Bourdieu (1994:191) analiza el “campo económico” como un espacio en el cual “los agentes sociales pueden confesarse y mostrarse públicamente como interesados y desmarcarse así del des-conocimiento [*méconnaissance*] colectivamente mantenido”. Siguiendo a Max Weber, señala que la humanidad ha pasado de “sociedades en las que los asuntos económicos se conciben a partir del modelo de las relaciones de parentesco, a las sociedades donde las relaciones de parentesco son concebidas a partir del modelo de las relaciones económicas”.

de las veces de manera alusiva o irónica, de pasada, con medias palabras, multiplicando los sobrentendidos y las insinuaciones¹⁷.

La idea de retribuciones “inconscientes” de la militancia es entonces tan inadecuada como la hipótesis cínica de su búsqueda deliberada. Aunque algunas vinculaciones con la acción colectiva tiendan hacia uno u otro de estos dos estados (de distinta manera según las organizaciones, los individuos, los momentos de la trayectoria militante y los periodos históricos), la mayor parte se sitúan claramente en algún punto intermedio entre la denegación y la explicitación. A la vez que se censuran, inhiben, niegan y rechazan, las retribuciones de la militancia también son confusamente apercibidas, explicitadas e identificadas, tanto en el enojo, la mala fe y la ofuscación, como en la camaradería. Están a la vez presentes y ausentes en los relatos, en las percepciones y en las introspecciones. Las mismas personas pueden revelar en sus prácticas, y a veces explicitar en sus discursos, la importancia que conceden a ciertas gratificaciones, y al mismo tiempo tildarlas de “secundarias” e “insignificantes” en relación con los fines de la causa colectiva. Algunas personas pueden incluso sentirse molestas ante el análisis sociológico de las retribuciones a la vez que consagran en la práctica una atención minuciosa a su revelación polémica¹⁸. Mejor que la analogía del “inconsciente”, quizá la de la *escotomización* permita dar cuenta de la sucesión, de la alternancia, e incluso de la simultaneidad de las fases de negación y de explicitación. Las defensas se relajan en ciertas situaciones, como en los momentos de exaltación o de arrebatos, o, a la inversa, de repliegue sobre sí mismo, de reflexión íntima, de confidencias entre allegados, de abandono o ensoñación. Y vuelven a rearmarse en el momento en que los elementos del contexto llaman a la ortodoxia¹⁹. Dejarse llevar por la objetivación y la explicitación desencadena justificaciones, relativizaciones y negaciones correctoras. F. G. Bailey distingue las “reglas pragmáticas” que es preciso seguir para ser eficaz, ya sean éstas buenas o malas, de las “reglas normativas” que obligan a hacer lo que está bien y es admitido por todos. Él sugiere que las primeras predominan en el seno de equipos “contractuales”, mientras que las segundas se imponen en los equipos “morales”. Puede pensarse que las representaciones y los comportamientos de los militantes son indisoluble e inextricablemente “pragmáticos” y “normativos” (aunque en proporción variable según las organizaciones, los individuos, los momentos de la trayectoria militante y los contextos históricos) y que, permaneciendo todo lo demás igual, serían las propiedades del contexto las que conducirían a poner el acento en uno u otro componente. Los aspectos “normativos” se movilizan y se presentan en aquellas situaciones en las que es preciso afirmar o restaurar las representaciones oficiales. Los

¹⁷ Johanna Siméant (2001: 56) señala, por ejemplo, que la búsqueda del riesgo y la aventura es un elemento de motivación central dentro de la militancia humanitaria, presentada “bajo la forma de la negación, de la ironía o de la confianza un tanto inconfesable”.

¹⁸ Bernal Pudal me ha advertido sobre el hecho de que las percepciones y las descripciones del compromiso escapan al principio de no-contradicción. Las reacciones que pueden parecer contradictorias (pues la co-presencia es excluida por quienes rechazan *a priori* la posibilidad misma de conductas contradictorias) son componentes que operan efectivamente en el seno de la militancia. En ese sentido son susceptibles de ser movilizadas según los intereses y las circunstancias. Un militante puede decir una cosa y la contraria en cuestión de segundos. Puede, por poner un ejemplo, hablar de pasada sobre la importancia de una “retribución” para considerarla secundaria sólo un instante después, en cuanto se le pregunta explícitamente sobre este extremo. Sólo en determinadas fases del itinerario militante –que examinaremos más adelante– se pone el acento unilateralmente sobre el “desvelamiento” o la “denegación”. Desde este punto de vista, nunca hay “desfase entre la verdad objetiva, antes reprimida que ignorada, y la verdad vivida de las prácticas” (Bourdieu, 1994: 201). Pierre Bourdieu subraya que, más que a una intención consciente y cínica, ello responde a la “dualidad de verdades mutuamente excluyentes” (censura o explicitación) “tanto en las prácticas como en los discursos (eufemismo)”, en la medida en que es el resultado de la “negación que asegura (por una suerte de *Aufhebung*) la coexistencia de los opuestos” (Bourdieu, 1994: 209). Falta por comprender cómo la evacuación, la supresión, la revocación y la anulación –a las cuales Bourdieu hace elusivamente referencia a través del uso de la noción de *Aufhebung*– coexisten con la explicitación, incluso cuando ésta es eufemizada. También faltaría por comprender cómo los “opuestos” se articulan, en qué condiciones se explicitan y en qué configuraciones uno “toma la delantera” sobre el otro.

¹⁹ Érik Agrikoliansky (2001: 32) sugiere en este sentido que la realización de entrevistas durante el Congreso de la Liga por los Derechos Humanos incita a los entrevistados a invocar los “valores superiores” de la organización.

aspectos “pragmáticos” se hacen presentes en momentos de reflexividad, abandono, confianza, crítica o desánimo.

Si estos “deslizamientos” entre los registros normativos y pragmáticos son posibles, e incluso relativamente esperables, es también debido a que las retribuciones de la militancia inciden en la lógica de los fines de la acción colectiva. Al actuar en favor de la causa, los militantes obtienen diversas gratificaciones. La implicación en la causa nunca es un elemento independiente y distinto de los intereses militantes que se invocan para justificarla u ocultarla, sino un elemento por lo común intrínsecamente ligado a todo aquello que confiere valor a la propia militancia. Lo que da sentido y valor a las retribuciones de la militancia son los fines oficiales de la acción colectiva, tal y como es percibida por cada participante o simpatizante. Un poco de tibieza en la adhesión a estos fines afecta rápidamente al grado de satisfacción que se obtiene actuando en su favor (cf. infra).

Trayectoria militante e inversión en las retribuciones de la militancia

La sociología de la militancia debe prevenirse constantemente de una interpretación cínica de los intereses ligados a la militancia. La pregnancia de las representaciones oficiales sobre la militancia en términos de práctica “desinteresada”, la cual ofrece una visión simplificadora del interés (en tanto interés económico, en las sociedades donde el capital económico es determinante en la asignación de los rangos sociales), constituye una fuente inagotable de malentendidos difícilmente sorteables. Para tratar de neutralizarla es preciso recordar que dentro del mundo del voluntariado (aunque siempre de forma variable según los individuos, los momentos de la trayectoria de voluntariado, las organizaciones y los contextos históricos), la búsqueda deliberada de gratificaciones es más bien rara y menos aún sistemática. Por el contrario, las retribuciones se obtienen en el curso y en la “lógica” de la práctica militante, sin haber sido buscadas deliberadamente como tales. Además, esta perspectiva lleva a introducir una distinción entre los móviles (subjetivos) y las razones (“objetivas”) de la militancia y la adhesión. Si la inversión militante se sostiene mediante diversos beneficios, estos no son buscados como tales y, por tanto, la adhesión no puede resultar de la preocupación interesada por obtenerlos. La entrada en la militancia es el resultado de una coincidencia entre las disposiciones de aquellos que dan el paso y las propiedades efectivas de situaciones constituidas por el azar, por los encuentros o por los esfuerzos desplegados por las organizaciones para reclutar nuevos adherentes. Esta entrada se ve favorecida por el atractivo de la causa (a ojos de quienes se sienten atraídos por ella), pero también por diversos beneficios ligados a la adhesión que el nuevo adherente entrevé o se apropia: entre otros, las reacciones positivas de su entorno, la mejora de las relaciones cotidianas mediante la satisfacción dada a los requerimientos de las personas próximas, la consideración del grupo de pares en el que se desea ingresar²⁰, la afirmación de sí mismo en un universo nuevo o el descubrimiento del carácter gratificante de las actividades de la organización.

La observación enseña que, como la militancia, la adhesión no está gobernada solamente por el deseo de obrar por la causa. También es el resultado de circunstancias más o menos fortuitas, de disposiciones que puedan ser invertidas en una actividad militante determinada²¹ y también de una disponibilidad. Esta disponibilidad generalmente es el fruto de evoluciones o acontecimientos biográficos ajenos a los fines oficiales de la acción colectiva. La observación objetivante, igual que las confianzas de los mismos militantes, muestra que

²⁰ Una investigación (Duriez y Sawicki, 2003) sobre el sindicato CFDT [Confédération Française Démocratique du Travail] de Nord-Pas-de-Calais señala la importancia de las interacciones de la vida cotidiana en el proceso de adhesión.

²¹ Johanna Siméant (2001) muestra muy convincentemente que la militancia humanitaria seduce sobre todo a quienes gustan del riesgo, de la vida comunitaria y la relación con los demás, y que estas disposiciones tienen su origen en una experiencia del mundo caracterizada, entre otros elementos, por una socialización católica en el seno de una familia numerosa, la práctica del *scoutismo* y el paso por distintas instituciones totales.

las decepciones o insatisfacciones familiares, sentimentales, escolares, profesionales o activistas –como una mudanza, la jubilación, problemas de salud o de soledad-, son elementos que pueden favorecer una adhesión militante en un momento determinado. El compromiso es una inversión en un nuevo universo, a menudo correlativo a un malestar o a una desinversión en un universo objetivamente competidor. Esta desinversión presenta un carácter exclusivamente individual cuando es el resultado de dificultades o insatisfacciones personales en una de las “esferas” de la vida de un individuo. Aunque también puede estar relacionada con transformaciones más generales y adquirir un aspecto parcialmente colectivo cuando la insatisfacción es compartida por una clase de individuos²². En todos los casos son las condiciones distintas de la adhesión a los fines oficiales de la acción colectiva las que gobiernan, si no el atractivo intrínseco de la causa, al menos la decisión de actuar en su favor.

La adhesión no es más que el acto oficial inaugural de un itinerario que debe analizarse como una trayectoria, es decir, como un sistema de interacciones inscrito dentro de estructuras y capaz de producir una serie de acontecimientos, experiencias, posiciones y realizaciones. Una de las propiedades de esta *trayectoria*²³ es que genera cambios de perspectiva (Fillieule, 2001: 200), por ejemplo, la afirmación (o debilitamiento) de las razones para adherirse a la causa, el fortalecimiento de las certezas (o de las dudas) y el descubrimiento y la valorización de (o, a la inversa, la pérdida de apetencia por) ciertas retribuciones de la militancia²⁴. Se ve claramente que estas retribuciones no existen en sí mismas, objetivamente, sino que adquieren ese carácter en la medida en que los militantes invierten en algunas dimensiones o virtualidades de las prácticas militantes y obtienen progresivamente (o cesan de obtener) satisfacciones. Otro efecto de la trayectoria militante, para quienes tanto sus disposiciones como el encadenamiento de los acontecimientos les conducen a implicarse duraderamente, es el aprendizaje de los principios doctrinales y el manejo de los esquemas de percepción y apreciación habituales en la ideología colectiva. Dichas trayectorias militantes son variables: algunas se caracterizan por la estabilidad de su compromiso, otras por secuencias de inversión seguidas de des-inversión y, a veces, de re-inversión de ciertas retribuciones de la militancia, de reconversión de los intereses y, en algunos casos, de recomposiciones [*reclassements*] dentro del universo de sus compromisos. Se observa a menudo una evolución de los motivos, de las razones para creer, los valores, las interpretaciones de la causa y la importancia concedida a las gratificaciones de la militancia durante los sucesivos momentos de la trayectoria. Aquellos que cambian de perspectiva encuentran generalmente justificaciones de su evolución en el aparato normativo de su organización²⁵.

También conviene abordar desde esta óptica la cuestión de los costes de la acción colectiva. Al igual que las retribuciones, los costes tampoco tienen existencia objetiva o, al menos, no tienen el carácter objetivista que le otorgan quienes se sorprenden de las “paradojas de la acción colectiva”. Lo que puede parecer a ojos de los observadores exteriores, o a los propios militantes en ciertos momentos de su itinerario, como renuncias o riesgos, es ignorado, minimizado o percibido desde la perspectiva de quienes están más implicados en la

²² Pienso, por ejemplo, en las reconversiones militantes de un tiempo a esta parte de muchos profesores, debido a las insatisfacciones provocadas por la degradación de su posición y de su condición. En el mismo sentido, Pudal (1989) ha analizado acertadamente la manera en que el malestar provocado por el ascenso social y la imposibilidad de integrarse plenamente en el universo obrero de origen y en el mundo pequeño-burgués de “destino” están detrás de la vocación militante de muchos dirigentes del PCF (al menos en su fase “obrerista”).

²³ En el sentido que Howard S. Becker (1985) da a este concepto.

²⁴ Son procesos estructuralmente equivalentes al aprendizaje de las sensaciones dentro de la trayectoria del fumador de marihuana analizada por Becker (1985: 75).

²⁵ Johanna Siméant (2001: 55) ofrece un magnífico ejemplo de cambio de perspectiva al explicar cómo la inversión en la militancia humanitaria permite “encontrar una solución honorable para asumir la categoría de médico sin serlo del todo y, para algunos, prescindir del izquierdismo sin parecer un renegado; asumir ser un ‘burgués’ por ser médico sin que sea vergonzante, es decir, lanzándose a la aventura y encontrando una forma excitante de practicar al mismo tiempo la medicina y alguna forma de política, ‘en el noble sentido’”.

acción colectiva como una consecuencia negativa soportable del compromiso, una necesidad o un sacrificio de mayor alcance. Se requieren correlativamente importantes inversiones, generadoras de conminaciones y afectos imperiosos, para implicarse en una acción colectiva poniendo en “peligro” (“objetivo”) la propia vida, el equilibrio familiar, la estabilidad laboral o el éxito profesional. En ciertos contextos lo que algunos consideran un “coste” es, a ojos de los más militantes, una fuente de satisfacciones que atestigua la autenticidad de su compromiso. El sentimiento de sumisión, renuncia, sacrificio, privación o riesgo tiende a desaparecer claramente cuando no existe una inversión competidora con la de la militancia. En las fases o en los estados de “fusión” con la causa y con la acción colectiva que la promueve (por ejemplo en los periodos de intensa movilización colectiva como las guerras o las revoluciones sociales, o durante el descubrimiento individual de la militancia), el compromiso sólo reporta satisfacciones y –en el extremo- no comporta ningún “coste”. En estas circunstancias bastante excepcionales la inversión en la defensa de la causa es en sí misma su propia recompensa, y se ve por ello menos necesitada de otras gratificaciones para ser estimulada. En estas configuraciones la idea misma de retribución, o de poner en relación los “costes” y los “beneficios” de la acción colectiva, resultará completamente extraña a las percepciones subjetivas de los militantes, cuando no “escandalosa”.

En periodos históricos o en fases de la trayectoria personal más rutinarias, una de las propiedades de las gratificaciones es incitar a los militantes a minimizar los “costes” de su compromiso. Inversamente, los elementos subjetivamente “negativos” de la experiencia militante cobran relieve cuando las retribuciones pierden su fuerza o cuando se erosiona el valor que se les atribuye. En el extremo, la militancia no presenta más que inconvenientes, trabas, riesgos, pérdidas de tiempo o constricciones, toda vez que los motivos y las razones para invertir han desaparecido. Es sin duda llegado este momento cuando la mirada retrospectiva vertida sobre la práctica militante se encuentra más distanciada de las representaciones normativas oficiales, cuando las retribuciones se explicitan más fácilmente, cuando predominan las consideraciones pragmáticas, cuando tomar partido por la crítica puede conducir a rendiciones de cuentas encubiertas y reductoras, ignorando las creencias y satisfacciones anteriormente obtenidas a través del compromiso en favor de una causa que se tenía por “justa”. La cuestión del equilibrio entre los “costes” y los “beneficios” adquiere un sentido subjetivo particularmente en los momentos de transición “entre dos” situaciones diferentes, por ejemplo, durante el “apagamiento” de las convicciones, la rutinización de las prácticas o los desafectos nacientes, así como en los momentos de duda, decepción, cuestionamiento, incertidumbre, inestabilidad, fatiga o laxitud. Asimismo, durante estas fases de cuestionamiento, las diferentes inversiones –familiares, sentimentales, escolares, profesionales, personales o militantes (en otra organización)- entran en competencia con el compromiso. En estas configuraciones se da con mayor probabilidad un “cálculo” más o menos tácito que puede conducir al militante hacia una “evaluación” (que es en la práctica aproximada, furtiva e, incluso a veces, negada) de la relación entre el “activo” y el “pasivo”, los beneficios y las cargas, las recompensas y los sacrificios o los riesgos²⁶. En estas ocasiones es cuando algunos militantes o voluntarios pueden comenzar a contar su tiempo y a medir su participación. Quizá también sea en estas configuraciones donde la fe es menos intensa (o en las que, al menos, el compromiso es menos “fusional”), cuando las inversiones militantes dependen más de todo aquello que es percibido normativamente como los “pormenores” de la militancia, es decir, todas las retribuciones que difieren de la satisfacción que se obtiene de luchar por la causa. También es en estos momentos cuando las censuras se relajan y puede aflorar lo pragmático, coexistir con lo normativo e incluso suplantarlo, aunque sólo sea circunstancialmente. En todo caso, en ciertos momentos o estados de la trayectoria militante (y sobre todo en el caso de algunos tipos de trayectoria militante que habría que precisar) las nociones de “retribuciones” y “costes” de la militancia se encuentran en sintonía con las fugaces percepciones subjetivas de la

²⁶ En el momento en el que el antiguo delegado del PCF entrevistado por Pudal (2005: 127) comienza a cansarse de las tareas repetitivas y los desplazamientos sin fin que comporta el puesto que le ha sido confiado, y cuando las satisfacciones que obtenía al principio empiezan a erosionarse, *re-evalúa* su futuro en el partido a partir de un balance costo/ventaja que llega incluso a explicitar en la situación de entrevista: “lo que sacrificaba ya no era compensado por todo aquello que me aportaba”.

actividad y se adecuan igualmente al punto de vista de la explicación y la comprensión. Inversamente, existen configuraciones donde la acción colectiva deja de resultar paradójica en la medida en que el compromiso se produce en ausencia de “costes”. No obstante, las nociones de retribuciones y costes resultan plenamente pertinentes desde el punto de vista de la explicación, para todos los estados y momentos y para todos los tipos de trayectoria, una vez que el cuerpo de hipótesis que las constituye incorpora el análisis de las condiciones de su adecuación y su inadecuación para la comprensión del sentido experimentado por los militantes.

La estructura de oferta y las disposiciones para invertir en las retribuciones de la militancia

Las organizaciones colectivas tienen algunas propiedades comunes, como por ejemplo la capacidad para atraer a los agentes (más o menos) preparados e inclinados –como resultado de un trabajo de socialización anterior y/o por las circunstancias- para que se comprometan en la acción colectiva. Cada organización o acción colectiva se caracteriza por uno o varios estilos de funcionamiento y compromiso(s) particular(es), por los principios que defiende, por las características de sus miembros (edad, nivel cultural, posición social) y por sus modos de organización y de acción. Asimismo, las organizaciones establecen una estructura (es decir, un repertorio, una distribución relativa y una configuración) de la “oferta” de retribuciones o, mejor, una estructura de modos de hacer y de ser en la que algunos son susceptibles de ser apropiados, investidos y constituidos en retribuciones. Por ejemplo, la posibilidad de tener conversaciones políticas o doctrinales profundas es mayor en una organización donde el público es intelectual y donde la doctrina es más “intelectualizada” que en otra donde la composición es más popular y donde los principios ideológicos están menos valorizados. Esta estructura de la oferta es a la vez objetiva y potencial. Depende del azar de los encuentros, los acontecimientos, los reclutamientos, del curso de las actividades, las iniciativas de los adherentes y la manera en la que éstos se apropian las “virtualidades” de la acción colectiva. No obstante, estos factores de invención están acotados por diversos elementos constitutivos de la estructura de la oferta (composición social, orientaciones ideológicas, repertorio de prácticas organizativas), por lo que el inventario está por hacer.

Una organización atrae y retiene a los agentes dispuestos a otorgar un valor (según su edad, género, procedencia, socialización, experiencia, trayectoria, posición, condición y situación social, orientación ideológica, moral, sexual o religiosa) a toda o parte de las retribuciones u oportunidades de retribución que su actividad es susceptible de generar. Por el contrario, deja indiferentes o aleja a quienes tienen otras disposiciones²⁷. La capacidad de influencia de una organización colectiva depende del ajuste entre las disposiciones y expectativas de sus miembros y la estructura de la oferta y de las oportunidades de gratificación que ésta ofrece. Esto puede apreciarse, por ejemplo, en las adhesiones suscitadas por las posibilidades de formación general abiertas por la red de “escuelas” del PCF en determinados momentos de su historia y entre los “alumnos” militantes que, por ser conscientes de sus lagunas culturales, tenían especialmente acentuada la sed de aprender y la relevancia que concedían a la cultura (Ethin, 2003). Igualmente, pueden observarse las afinidades entre las posibilidades de ascenso social ofrecidas por este partido en ciertos periodos y las disposiciones hacia la movilidad o los resentimientos de algunos de sus incondicionales desclasados (Pudal, 2005). De este modo, se comprenden las diferencias de composición que distinguen a los partidos de los sindicatos, y a ambos de las asociaciones, así como las diferencias que distinguen entre sí a los diversos partidos, sindicatos y asociaciones. Por otro lado, el valor otorgado a las retribuciones o a las oportunidades de recompensa

²⁷ Cécile Péchu (2001: 82) da ejemplos de militantes de una asociación de ayuda a la vivienda para personas en dificultades que abandonaron el partido socialista en favor del sector asociativo. Uno de ellos explicaba los múltiples males que sentía dentro de su antiguo partido. Hacía referencia a sus dificultades para hablar en público (las cuales lo mantenían al margen de las discusiones con sus compañeros), así como a su indiferencia por las luchas de poder y a la falta de interés de los miembros de su sección por los problemas de los inmigrantes, que eran justamente los que a él le importaban y los que quería promover para incluirlos en la agenda política.

varía tanto en función del volumen de “costes” (“subjettivos”) de todo tipo asociados a su apropiación, como según las constricciones y satisfacciones de las otras “esferas” de la vida personal. Todos estos factores están a menudo ligados a la edad, la situación familiar, la trayectoria escolar, profesional y militante. Así, el “coste” de la disponibilidad militante y el valor de los beneficios de la convivencia y la integración que la militancia proporciona varían concomitantemente según se trate de un estudiante o un trabajador, de un soltero o un cabeza de familia. Del mismo modo, el rango de los sacrificios profesionales (o la misma idea de “sacrificio profesional”) aumenta con la posición jerárquica o cuando se prevé una posible trayectoria.

La estructura de la oferta y de las oportunidades de retribución de una organización evoluciona. Se transforma con el transcurso de la historia, con las modificaciones de la composición interna y con el desarrollo de la posición relativa de la organización en el campo político (pero también en el sindical, en el asociativo o en lo que puede designarse como un espacio de competencia entre compromisos militantes). De este modo, cuando se combina con la extensión de la representatividad, la notoriedad, el asiento institucional y el reconocimiento mediático, el crecimiento de las organizaciones modifica su estilo de funcionamiento. Cuanto mejor establecidas estén en su campo, más deberán reclutar asalariados a tiempo completo (y tanto más cuanto mejor sea dicha posición), especialistas, personalidades reconocidas y expertos; al tiempo que, en sentido inverso, alejan o marginan a las personas relativamente menos dotadas de capital cultural.

El valor concedido a la militancia y a sus retribuciones depende también mucho del atractivo relativo de la causa defendida. Desde esta perspectiva, la experiencia histórica reciente enseña que los partidos, los sindicatos y las asociaciones sectoriales no sólo compiten entre sí, sino también (y quizá más fundamentalmente) unos con otros; y ello sin olvidar la competencia de las inversiones militantes frente a otras inversiones sociales, sobre todo sentimentales, familiares, escolares, profesionales o lúdicas. La disminución de afiliados en la mayoría de los partidos (y sindicatos) sugiere que el debilitamiento de las creencias en el ámbito de lo político ha provocado (en parte) transferencias de inversiones desde los partidos hacia las “esferas” de la vida privada (familia, carrera profesional, aficiones) y, en ocasiones, reconversiones de la militancia (partidista o sindical) hacia algunos sectores del campo asociativo²⁸. El hundimiento de los países socialistas, el fin de la Guerra Fría y el triunfo del capitalismo han minado las utopías revolucionarias. La multiplicación de los “escándalos” político-financieros, la persistencia de situaciones que son percibidas como problemáticas (paro, pobreza, precariedad, contaminación) y la impotencia aparente de los gobiernos para resolverlas, la internacionalización de los intercambios y su cortejo de planes sociales y des-localización, la pregnancia de los tiempos liberales, el desmantelamiento de los estados-nación, la reducción de la distancia ideológica entre los partidos y el aumento de las disposiciones y capacidades críticas del público en el que se reclutan los militantes (Gaxie, 2001; 2003), son elementos que han generado desilusión y escepticismo en las filas de los partidos y los sindicatos.

Las valoraciones críticas sobre las organizaciones de los partidos mayoritarios y las prácticas políticas institucionales circulan precisamente dentro de estos medios sociales, lo cual debilita las disposiciones al compromiso. Los rasgos estructurales de las organizaciones políticas que pasaban desapercibidos o parecían normales resultan ahora problemáticos. La profesionalización, el interés y las luchas por el poder y los privilegios, la marginación de los militantes de base, los efectos de desposesión de la delegación o los obstáculos a la propia reforma son frecuentemente denunciados. El espíritu de la época debilita la militancia de partido (y también una parte de la militancia sindical) y la desafección respecto a los partidos –sobre todo con relación a los mejor ubicados en el campo político-, muestra hasta qué punto las disposiciones hacia el compromiso y las satisfacciones obtenidas de la militancia dependen también de las creencias sobre el alcance de la actividad política y la influencia misma de los partidos. Este contexto ideológico ha contribuido a provocar algunos reciclajes hacia diversas asociaciones. Las disposiciones al compromiso militante que podría pensarse que en

²⁸ Sobre los efectos producidos por el debilitamiento de las organizaciones obreras y las esperanzas mesiánicas instaladas en la “clase obrera”, véase Collovald (2002a: 25).

el pasado se orientaban hacia los partidos de izquierdas, actualmente se inclinan hacia la defensa de las causas consideradas más legítimas, como la lucha contra el racismo, la acción humanitaria, la defensa de los derechos humanos o la protección de los colectivos más vulnerables (inmigrantes, sin techo y sin papeles).

Retribuciones, agenciamiento y orden organizativo

El tema de las retribuciones de la militancia es importante para la sociología de las organizaciones colectivas en la medida en que su análisis esclarece la cuestión de la adhesión de sus militantes, su implicación en las actividades internas, sus disposiciones para asumir “riesgos” o soportar los “costes”, así como sus actitudes en relación con la organización y su dirección. La hipótesis general es que cuanto más importantes son las satisfacciones de todo tipo obtenidas de la militancia, más dispuestos están los militantes a invertir en ella y sostener posicionamientos ortodoxos. A la inversa, cuando la reducción de las gratificaciones o del valor que se les asigna se experimenta individualmente (independientemente de lo que origine esta reducción) se favorecen las desafecciones, el desapego, la protesta o la reconversión. Esta reducción contribuye a la formación de oposiciones internas, pudiendo llegar a la escisión cuando las insatisfacciones individuales se organizan colectivamente. Al mismo tiempo, el orden interno de una organización depende de las posibilidades de retribución de sus miembros; y ciertos rasgos de la actividad y del agenciamiento de las organizaciones se encuentran determinados, al menos en parte, por este imperativo. Uno de los más visibles es la definición de “responsabilidades” o de posiciones de poder y la consiguiente constitución de un orden jerárquico. La multiplicación de grados de responsabilidad y de responsables a todos los niveles define una jerarquía de cargos, poderes y privilegios en la cual se van promocionando quienes están más implicados en las actividades de la organización. A cada posición del *cursus honorum* están asociadas unas expectativas y gratificaciones diferenciadas y ascendentes que “recompensan” y mantienen las disposiciones hacia la inversión militante. De este modo, las formaciones de base más pequeñas favorecen la integración de sus miembros y procuran varios beneficios derivados de la convivencia entre aquellos que son sensibles a esta virtualidad del compromiso, si bien en las organizaciones más grandes no se excluye la constitución de grupos internos reducidos que puedan producir efectos semejantes.

No obstante, estos efectos de las exigencias de retribución sobre el orden y el agenciamiento de las organizaciones no deben sobrestimarse. La exageración de su importancia lleva a adoptar un modelo teórico en el que la reproducción y el reclutamiento de nuevos miembros se derivan tácitamente de las propiedades de la organización y de su sistema de gratificaciones. La evolución histórica ha mostrado cuán inapropiada ha sido esta autonomización, ya que el descenso de militantes en la mayoría de los partidos (y sindicatos) en las últimas décadas difícilmente puede imputarse a transformaciones significativas de su organización. Podemos extraer varias enseñanzas de esta refutación empírica. La primera es que los analistas de las ciencias sociales deben ser cautelosos con los excesos nomológicos. Sin duda, la seducción de un modelo teórico general lleva a establecer unilateralmente conexiones causales entre las retribuciones de la militancia, por una parte, y las prácticas y agenciamientos organizativos, por la otra. La tendencia a la formulación de “leyes” sociales incita a excluir todos los elementos exteriores al modelo, empezando por las mismas evoluciones históricas, como las que parecen afectar a la influencia de la política y a la atracción del compromiso militante. Finalmente, estas evoluciones históricas parecen determinantes para el desarrollo de las capacidades de reclutamiento de la mayoría de los partidos (y también para una parte de los sindicatos). Durante mucho tiempo ha resultado difícil concebir e integrar estas evoluciones en el análisis, debido a que carecen de signos objetivos que delaten su presencia, pero también debido a que la consideración de la irreductible historicidad de los fenómenos sociales se opone a la pretensión de enunciar regularidades inmutables.

La segunda enseñanza que podemos extraer de ello nos lleva a apreciar mejor el lugar y el rol de las satisfacciones generadas por la defensa de una causa en el sistema de retribuciones de la militancia. Bachelard venía a decir que todo pensamiento es un pensamiento contra algo. El acento puesto sobre las retribuciones

de la militancia fue el resultado de un esfuerzo teórico de distanciamiento frente a la visión oficial y encantada del compromiso militante en tanto voluntario y desinteresado con una causa. Pero queriendo “torcer la vara hacia el otro sentido”, el riesgo residía en acentuar excesivamente la importancia de los elementos abordados, distorsionando así el análisis. Las satisfacciones mal controladas que el investigador obtiene de la ruptura objetivante y la búsqueda de originalidad pueden incitarle a privilegiar los elementos más a contracorriente del punto de vista al que él se opone. De este modo, el acento se pone en las retribuciones por oposición al desinterés y, sobre todo, en aquellas retribuciones más distintivas de la causa para minimizar así la importancia de este elemento central en el sentido común militante. En consecuencia, este modelo teórico ignora dos elementos fundamentales. El primero consiste en que, si bien los objetivos oficiales de una acción colectiva presentan -bajo ciertas condiciones solamente y no en todos los casos, como plantea la teoría olsoniana- los rasgos de un bien colectivo que genera todas las estrategias ya conocidas (gratuidad o búsqueda de incentivos selectivos), la lucha por la defensa de estos objetivos puede analizarse -bajo ciertas condiciones- como un coste, pero también como una fuente de retribuciones para la participación en la acción colectiva. Aunque la causa es (generalmente) un bien de tipo “colectivo”, las satisfacciones obtenidas de la defensa de la causa constituyen un “incentivo específico” reservado a quienes (o a la mayoría de quienes) se comprometen con ella. Las satisfacciones obtenidas de la lucha en favor de una causa que se percibe como noble y justa no son un factor secundario e ilusorio de la militancia. Toda causa es objeto de una recepción diferente por parte de quienes participan en la acción colectiva promoviéndola y constituyéndola. Su percepción es selectiva dependiendo de sus orientaciones y de su nivel de sofisticación. Pero aunque la “causa” sea interpretada de formas diversas (es decir, eventualmente simplificada, adaptada, traducida, soñada, deformada, atenuada, exagerada o dramatizada), no deja de ser objeto de una adhesión. Su misma defensa contiene pues el premio para muchos militantes y, en la mayoría de los casos, es esa implicación en la defensa de la causa lo que permite apropiarse de otras retribuciones, aquello que les otorga sentido y las justifica. Las retribuciones encuentran su razón de ser en la adhesión a la causa y en el compromiso con la acción colectiva que promueve. La economía (no monetaria y no mercantil) de inversiones y beneficios que fundamenta la acción colectiva tiende a menudo a desmoronarse cuando la adhesión a la causa desaparece. La crisis de la militancia en los partidos, correlativa a la crisis de la creencia en la acción de los partidos, muestra claramente que es necesario creer en el valor y en el alcance de la causa para que las acciones llevadas a cabo en su favor engendren satisfacciones.

En consecuencia, es preciso (al menos en la mayoría de los casos) adherirse mínimamente a los fines de la acción colectiva para que la ocupación de una posición de poder interno sea fuente de satisfacción; o para que las acciones llevadas a cabo con los compañeros de lucha produzcan los beneficios de la camaradería. La adhesión a la causa y a una visión de la acción colectiva en clave de desinterés tiene “efectos muy reales”. Sin embargo, éstos no se reducen a una “referencia obligada a los valores de neutralidad y de abnegación desinteresada” (Bourdieu, 1994: 131), precisamente porque, como en el intercambio de dones, el compromiso está “socialmente instituido en las disposiciones y en las creencias” (Bourdieu, 1994:179). La defensa de la causa es claramente una satisfacción muy general que obtiene la mayoría de los militantes²⁹. Incluso si esta causa se concibe y define de manera diferente por parte de los participantes, ella da sentido a todas las demás retribuciones que refuerzan las disposiciones al compromiso. Por ejemplo, el análisis de la trayectoria de un cuadro del PCF muestra hasta qué punto el ascenso social operado a través de una carrera en el partido resulta subjetivamente aceptable –y, por ello mismo, factible- en la medida en que dicho ascenso era percibido (en primer lugar por la propia persona en las fases no problemáticas de esa carrera) como “fiel al sufrimiento de los suyos”, por el hecho de que era el resultado del compromiso de uno que había sido un modesto empleado de seguros, hijo de obrero y nieto de campesino, en un partido que él mismo consideraba (antes de que sus convicciones entraran en “crisis”) enteramente consagrado a la “causa del pueblo (llano)” (Pudal, 2005:123).

²⁹ Al menos mientras se pueda hablar de “militancia”, es decir, de un compromiso construido y percibido como “colectivo”, y no de una acción eventualmente ligada a la promoción de intereses individuales.

Existen, por tanto, relaciones de refuerzo mutuo entre las retribuciones obtenidas por la defensa de la causa y el resto de retribuciones que se derivan de ella; y, se puede decir con carácter general (salvo en las ocasiones muy coyunturales, o en estados de completa fusión, o en los posicionamientos enteramente cínicos, por otro lado situaciones todas ellas bastante raras), que las unas no aparecen desligadas de las otras. La potencialidad y el alcance de los objetivos oficiales de la acción colectiva organizan los procesos de escotomización que permiten mantener unidos el compromiso subjetivamente desinteresado con las finalidades de una acción colectiva y los intereses individuales invertidos en este compromiso. La apropiación, sin intención deliberada de apropiación (sino a través de la percepción confusa y la denegación), es la condición específicamente subjetiva (en general, aunque también diferencialmente según varios factores) de la valoración de las gratificaciones inducidas por un compromiso oficialmente desinteresado. Estas gratificaciones producen efectos de retribución porque no son percibidas explícitamente como tales, sino que son vividas confusamente como una consecuencia secundaria (en varios sentidos) del compromiso. El valor de las retribuciones de la militancia tiende correlativamente a disminuir cuando la causa que justifica el compromiso pierde su atractivo. En este sentido, la inversión en la causa defendida por la acción colectiva es generalmente una condición de posibilidad de las retribuciones de la militancia.

Bibliografía :

- Agrikoliansky, Eric (2001). "Carrières militantes et vocation à la morale: les militants de la Ligue des droits de l'homme dans les années 1980", *Revue française de science politique*. 51(1-2): 27-46.
- Bailey, Frederick G. (1971). *Les règles du jeu politique*. Paris: PUF [trad. esp.: *Las reglas del juego político*, Caracas, Tiempo Nuevo, 1971].
- Becker, Howard S. (1985) [1963]. *Outsiders. Études de sociologie de la déviance*. Paris: Métailié [trad. esp.: *Los extraños: sociología de la desviación*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1971].
- Bourdieu, Pierre et Jean-Claude Passeron (1970). *La reproduction. Éléments pour une théorie du système d'enseignement*. Paris: Les éditions de Minuit [trad. esp.: *La reproducción: elementos para una teoría del sistema de enseñanza*, Madrid, Editorial Popular, 2001].
- Bourdieu, Pierre (1994). *Raisons pratiques. Sur la théorie de l'action*. Paris: Seuil Essais [trad. esp.: *Razones prácticas: sobre la teoría de la acción*, Barcelona, Anagrama, 2007].
- Collovald, Annie (2002a). "L'humanitaire expert : le désencastrement d'une cause politique", en Annie Collovald et al. (éds.). *L'humanitaire ou le management des dévouements. Enquête sur un militantisme de "solidarité internationale" en faveur du Tiers Monde*. Rennes: Presses Universitaires de Rennes, p. 19-47.
- Collovald, Annie (2002b). "Pour une sociologie des carrières morales des dévouements militants", en Annie Collovald et al. (éds.). Rennes: Presses Universitaires de Rennes, p. 177-229.
- Corcuff, Philippe (2002a). "Les usages utilitaristes de la sociologie de Pierre Bourdieu dans la science politique française", *Revue suisse de science politique*. 8(2): 133-143.
- Corcuff, Philippe (2002b). "Un intello parmi les 'double peine'", en Michaël Faure (éds.). *En finir avec la double peine*. Paris: L'esprit frappeur, p. 64-71.

- Duriez, Bruno y Frédéric Sawicki (2003). "Réseaux de sociabilité et adhésion syndicale. Le cas de la CFDT", *Politix*. 16(63): 17-51.
- Duverger, Maurice (1973) [1951]. Les partis politiques. Paris: A. Colin [trad. esp.: *Los partidos políticos*, México, Fondo de Cultura Económica, 2002].
- Eldersveld, Samuel (1964). *Political Parties. A Behavioral Analysis*. Chicago: Rand McNally and company.
- Ethuin, Nathalie (2003). "De l'idéologisation de l'engagement communiste. Fragments d'une enquête sur les écoles du PCF (1970-1990)", *Politix*. 16(63): 145-168.
- Fillieule, Olivier (2001). "Propositions pour une analyse processuelle de l'engagement individuel. Post scriptum", *Revue française de science politique*. 51(1-2): 199-215.
- Gaxie, Daniel (1973). *Les professionnels de la politique*. Paris: PUF, dossiers thémis.
- Gaxie, Daniel (1975). *Indifférence et politisation. L'intérêt pour la politique dans les sociétés occidentales*, Tesis de doctorado en Ciencias Políticas. Paris: Université de Paris I.
- Gaxie, Daniel (1977). "Économie des partis et rétributions du militantisme", *Revue française de science politique*. Vol. 27(1): 123-154.
- Gaxie, Daniel (1978). *Le cens caché - inégalités culturelles et ségrégation politique*. Paris: Editions du Seuil.
- Gaxie, Daniel (2001). "Les critiques profanes de la politique. Enchantements, désenchantements, réenchantements", en Jean-Louis Briquet et Philippe Garraud (éds.). *Juger la politique*. Rennes: Presses Universitaires de Rennes, p. 217-240.
- Gaxie, Daniel (2003). "Sur l'humeur politique maussade des démocraties représentatives", in Oscar Mazzoleni (ed.). *La politica allos pecchi. Istituzioni, partecipazione e formazione alla cittadinanza*. Bellinzona: Giampiero Casagrande editore, p. 109-136.
- Kirchheimer, Otto (1966). "The Transformation of Western European Party Systems", en Joseph Lapalombara y Myron Weiner (eds.). *Political Parties and Political Development*. Princeton (N. J.): Princeton University Press.
- Marchal, Emmanuelle (1992). "L'entreprise associative entre calcul économique et désintéressement", *Revue française de sociologie*. XXXIII-3, p. 365-390.
- Michels, Roberto (1971) [1914]. *Les partis politiques. Essai sur les tendances oligarchiques des démocraties*. Paris: Flammarion.
- Olson, Mancur (1974) [1965]. *The logic of collective action. Public goods and the theory of groups*. Cambridge, MA.: Harvard University Press [trad. esp.: *La lógica de la acción colectiva: bienes públicos y la teoría de grupos*, México, Limusa, 1992].
- Passeron, Jean-Claude (1991). *Le raisonnement sociologique. L'espace non-popperien du raisonnement naturel*. Paris: Nathan Essais & Recherches [trad. esp.: *El razonamiento sociológico. El espacio comparativo de las pruebas históricas*, Madrid, Siglo XXI, 2011].
- Péchu, Cécile (2001). "Les générations militantes à Droit au logement", *Revue française de science politique*. Vol. 51(1-2): 73-103.
- Pizzorno, Alexandre (1986). "Sur la rationalité du choix démocratique", en Pierre Birnbaum y Jean Leca (éds.). *Sur l'individualisme*. Paris: Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques (FNSP), 330-369.
- Pudal, Bernard (1989). *Prendre parti. Pour une sociologie historique du PCF*. Paris: Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques (FNSP).
- Pudal, Bernard (2005). "Le désengagement de Gérard Belloin: de l'engagement communiste à l'auto-analyse", en Olivier Fillieule (éds.). *Le désengagement*. Paris: Belin.
- Schumpeter, Joseph (1972) [1942]. *Capitalisme, socialisme et démocratie*. Paris: Payot [trad. esp.: *Capitalismo, socialismo y democracia*, Madrid, Folio, 1996].

- Siméant, Johanna (1998). *La cause des sans-papiers*. Paris: Presses de sciences politiques.
- Siméant, Johanna (2001). “Entrer, rester en humanitaire. Des fondateurs de Médecins sans frontières aux membres actuels des ONG médicales françaises”, *Revue française de science politique*. Vol. 51(1-2): 47-72.
- Weber, Max (1959) [1919]. *Le savant et le politique*. Paris: Plon [trad. esp.: *El político y el científico*, Madrid, Alianza Editorial, 2009].